

hiciesen ilusiones, les manifestó su temor de que el Consejo de Administración se negaría á aceptar su *ultimatum*.

—Reflexionad antes de cometer una tontería— añadió el director, intranquilo ante aquel obstinado silencio.

En el vestíbulo, Pierron saludó con mucha humildad, mientras Levaque hacía alarde de ponerse la gorra antes de salir. Maheu iba á decir algo en son de despedida, cuando Esteban le tocó de nuevo con el codo. Y todos salieron del hotel, en medio de aquel silencio amenazador, alterado sólo por el estrépito de la gran puerta de dos hojas, que cerraron al salir ellos.

Cuando el señor Hennebeau entró otra vez en el comedor, encontró á sus convidados silenciosos é inmóviles delante de las copas de licor. En dos palabras explicó la entrevista á Deneufln, que puso la cara más apretada de lo que la tenía. Luego, mientras el director tomaba el café, ya frío, trataron los demás de hablar de otra cosa. Pero los de Gregoire fueron los primeros que volvieron á la conversación de la huelga, asombrados de que no hubiese una ley que prohibiera al obrero abandonar su trabajo. Pablo tranquilizaba á Cecilia, asegurándole que estaba esperando fuerzas de gendarmería.

Por fin, la señora de Hennebeau llamó al criado.

—Hipólito—le dijo:—antes de que pasemos al salón, abrid los balcones para que se renueve el aire.



III.



TRANSCURRIERON quince días, y el lunes de la tercera semana, las listas que se enviaban al director indicaban nueva disminución en el número de obreros que asistían al trabajo. Aquella mañana contaban con que terminaría la huelga. Pero la obstinación de la Compañía en no ceder, exasperaba á los mineros. Ya no estaba en huelga solamente *La Voreux*, *Creve-cœur*, *Miron* y *La Magdalena*; en *La Victoria* y *Fentry-Cantel* no bajaba ni la cuarta parte de los obreros, y hasta en *Santo Tomás* se notaban los efectos del movimiento huelguista. Poco á poco iba éste generalizándose. En *La Voreux* se notaba una tranquilidad de muerte. En los alrededores, alguna que otra carretilla abandonada, los depósitos de carbón intactos y los de madera pudriéndose, presentaban un espectáculo tristísimo. En el embarcadero del

canal se había quedado un lanchón á medio cargar, amarrado á un poste, y balanceándose en la superficie de las turbias aguas; y sobre la desierta plataforma, una carreta desenganchada agitaba desesperadamente sus portillas á impulsos del viento. Los edificios, sobre todo, invadidos por el silencio más completo, daban espanto. No se caldeaba la máquina de extracción más que por las mañanas. Los mozos de cuadra bajaban con el pienso de los caballos; en el fondo sólo trabajaban los capataces, convertidos otra vez en obreros, para cuidar de evitar los desperfectos de las galerías abandonadas; después, desde las nueve, el servicio se hacía por escalas, dejando quieto el ascensor. Y entre todos aquellos síntomas de muerte, no se oía más que el resoplar de la bomba, último resto de vida de la mina, la cual hubieran anegado las aguas, si aquella dejara de trabajar.

Enfrente, al otro lado de la llanura, el barrio de los *Doscientos Cuarenta* parecía muerto también. El gobernador de Lilla lo había visitado; patrullas de gendarmes á caballo habían recorrido los caminos de los alrededores; pero ante la calma perfecta de los huelguistas, gobernador y soldados se habían visto en la necesidad de retirarse. Jamás habían dado los obreros ejemplo más notable de sensatez. Los hombres, para no ir á la taberna, se pasaban los días en la cama; las mujeres, que no tomaban, se puede decir, nada más que café, tenían menos ganas de chismorrear que de costumbre y menos

deseo de pelearse; y hasta los grupos de chiquillos, que parecían comprender lo que pasaba, hacían gala de su prudencia, y para no producir ruido correteaban descalzos y se daban de cachetes sin chillar. Era la consigna, repetida y circulando de boca en boca: ante todo y sobre todo, ser prudentes.

Sin embargo, un continuo entrar y salir de vecinos animaba la casa de Maheu. Esteban, á título de secretario, había distribuido los tres mil francos de la Caja de Socorros entre las familias más necesitadas; además, se habían recibido algunos cientos de francos, producto de varias suscripciones. Pero todos los recursos estaban ya agotados; los obreros carecían de fondos para sostener la huelga, y el hambre asomaba su cabeza amenazadora. Maigrat, después de haber prometido que durante una quincena vendería á crédito, se había vuelto atrás bruscamente á los pocos días, negándose á dar ni una migaja de pan siquiera. Ordinariamente recibía órdenes de la Compañía; tal vez ésta desearía cortar la huelga de una vez, privando de víveres á los obreros. El tendero, además, obraba siempre á su antojo, como dueño absoluto; daba ó negaba la mercancía, según la cara de la muchacha que enviaban las familias á comprar en su casa; y precisamente á los Maheu era á quien más se negaba á complacer, con cierto furioso rencor, como para castigarles de no haberle entregado á Catalina. Hacía, pues, una semana que estaban viviendo del producto de las distribuciones. Pero ahora, que ya no había un

cuarto en Caja, ¿cómo componérselas para tener pan? Para colmo de desventura, helaba mucho; las mujeres veían disminuir sus montones de carbón, pensando que cuando se concluyera no les darían otro en las minas, si sus maridos no volvían al trabajo. De modo, que no sería sólo morir de hambre; había que morir también de frío.

En casa de los Maheu se carecía de todo. Los Levaque comían todavía, gracias á una moneda de veinte francos que les había dado Bouteloup. Cuanto á los Pierron, tenían, como siempre, dinero; pero por aparecer tan desgraciados como los demás, de miedo que les pidiesen prestado, compraban á crédito en casa de Maigrat, que hubiera sido capaz de darles toda la tienda, á poco que la mujer de Pierron se hubiera mostrado complaciente. Desde el sábado, muchas familias se acostaban sin haber comido en todo el día. Y ante los terribles días que iban á empezar, no se oía ni una queja; todos cumplían la consigna con un valor y una resignación á toda prueba. Todos tenían en Esteban confianza absoluta; una fe religiosa, sólo comparable á la que sienten por sus ídolos los pueblos fanáticos.

Puesto que él les había prometido la era de la justicia, estaban dispuestos á sufrir lo que fuese necesario para conquistar la dicha universal. El hambre soliviantaba los ánimos; jamás el horizonte de miseria de aquellos infelices se había visto iluminado con un rayo de esperanza más radiante. Cuando sus ojos, turbados por la debilidad, se en-

tornaban, entreveían la ciudad ideal de sus sueños; pero en un momento próximo, casi inmediatamente, con su población de hermanos, su edad de oro, de trabajo y de descanso repartidos por igual entre todos. No había nada capaz de quebrantar la fe de que iban al fin á penetrar en ella. Los fondos de la Caja se habían agotado; la Compañía no cedería; cada día, cada hora que pasase, agravaría la situación, y conservaban, sin embargo, toda su esperanza, y despreciaban todas sus desventuras del momento. Contaban con que, cuando ya la tierra se fuese á abrir para tragárselos, sobrevendría un milagro cualquiera. Aquella fe reemplazaba al pan y calentaba los estómagos. Tanto los Maheu como los demás, cuando habían digerido demasiado de prisa sus sopas hechas con agua clara, se entregaban al éxtasis de una vida mejor, que no dejaba martirios y sufrimientos más que para los brutos.

Esteban había llegado á ser el jefe indiscutible. En las conversaciones de las veladas, era el oráculo, con más razón, cuanto más estudiaba. Porque seguía leyendo con verdadero fervor, y recibía muchas más cartas que antes; se había suscrito también á *El Vengador*, un periódico socialista que se publicaba en Bélgica, y aquel diario, el primero que entraba en el barrio, había hecho que los compañeros todos tuvieran á Esteban una consideración extraordinaria, casi respetuosa. Su creciente popularidad le emborrachaba, produciéndole satisfacciones íntimas, de las que jamás tuviera idea. Man-

tener una correspondencia seguida, discutir acerca de la suerte de los trabajadores con personajes importantes de fuera de Montson, ser consultado por todos los obreros de *La Voreux*, sobre todo, convertirse en un centro, sentir que la masa de obreros se movía á su capricho, era un continuo motivo de orgullo para él, antiguo modesto maquinista, minero oscuro después. Subía un escalón, y, sin sentirlo, entraba en aquella clase media tan aborrecida, con satisfacciones de inteligencia y de bienestar que no quería confesarse ni á sí mismo siquiera. No tenía más que un disgusto: la conciencia de su falta de instrucción, de su insuficiencia, que le intimidaba en cuanto se veía frente á frente de un señor de levita. Por eso seguía instruyéndose, devorando cuantos libros y papeles impresos caían en sus manos; pero la falta de método hacía que la asimilación fuese muy lenta, reinando tal confusión en él, que acababa por no saber cosas que ya había comprendido. Así es, que en ciertos ratos de bien pensar, experimentaba diversas inquietudes al discutir consigo mismo la responsabilidad que echara sobre sus hombros; temía no ser el hombre indispensable para llevar todo aquello á buen término; acaso habrían necesitado un abogado, un sabio capaz de pronunciar discursos y de obrar cuando llegase el caso, sin comprometer á los compañeros. Pero de pronto se tranquilizaba, poco menos que indignado. ¡No, no; nada de abogados! ¡Todos eran unos canallas, que aprovechaban su ciencia para explotar al pue-

blo! Saliera como saliese, los obreros debían manejar por sí propios sus negocios, y de nuevo acariaba su papel de jefe popular: Montson á sus piés, allá á lo lejos, París; y ¿quién sabía? Acaso la diputación algún día, la tribuna de la Cámara, desde donde haría polvo á la clase media con sus magníficos discursos, los primeros pronunciados por un obrero en el Parlamento.

Desde hacía algunos días, Esteban se hallaba perplejo. Pluchart escribía cartas y más cartas, ofreciéndose á ir á Montson para enardecer el celo de los huelguistas. Era menester organizar una reunión, que presidiría el famoso maquinista, porque había en el fondo de aquel proyecto la idea de explotar la huelga en beneficio de la Internacional, haciendo que se alistasen en ella todos los mineros á quienes aún inspiraba desconfianza la tal Asociación. Esteban temía el escándalo; pero así y todo, hubiese permitido la visita de Pluchart, si Rasseneur no se hubiese opuesto enérgicamente á tal intervención. A pesar de su influencia, el joven tenía por fuerza que contar con el tabernero, cuyos servicios eran mucho más antiguos, y el cual no dejaba de tener numerosos partidarios. Así es, que vacilaba sin saber qué responder á Pluchart.

Precisamente el lunes, á eso de las cuatro, recibió otra carta de Lilla, estando sólo con la mujer de Maheu en la sala baja de su casa. Maheu, cansado de no hacer nada, había ido á pescar; si tenía la suerte de coger algún pescado bueno en el ca-